

MENSAJE DEL P. PEDRO ARRUPÉ AL PRESENTAR SU RENUNCIA

Commemoramos este año el décimo aniversario de la muerte del P. Pedro Arrupe, misionero en Japón, testigo de la bomba atómica y vigésimo octavo general de la Compañía de Jesús.

Pedro Arrupe no sólo es un punto de referencia para la historia contemporánea de la Compañía de Jesús, sino también para la vida religiosa posconciliar (fue presidente de la Unión de superiores geneddes desde 1967) y para la Iglesia en general (estuvo presente en las sesiones del Concilio Vaticano II y su presencia fue requerida varias veces en los sínodos de obispos celebrados después del concilio).

Selecciones de Teología, que inició su andadura con los aires renovadores de aquel Concilio que nos hizo soñar un poco a todos y que inspiró la obra del Padre Arrupe, quiere sumarse, con los pies de página de este número, al recuerdo agradecido que, desde diversas instancias, se quiere tener hoy de este hombre extraordinario. Será ésta una manera de no pagar su voz. La voz de quien, en feliz expresión de Jon Sobrino, ayudó a la Compañía "a ser un poco más de Jesús".

Queridos Padres:

Cómo me hubiera gustado hallarme en mejores condiciones al encontrarme ahora ante Vds. Ya ven, ni siquiera puedo hablarles directamente. Los Asistentes Generales han entendido lo que quiero decir a todos Vds.

Yo me siento, más que nunca, en las manos de Dios. Eso es lo que he deseado, toda mi vida, desde joven. Y eso es también lo único que sigue queriendo ahora. Pero con una diferencia: hoy toda la iniciativa la tiene el Señor. Les aseguro que saberme y sentirme totalmente en sus manos es una profunda experiencia.

Al fin de estos 18 años como General de la Compañía, quiero, ante todo y sobre todo, dar gracias al Señor. El ha sido infinitamente generoso para conmigo. Yo he procurado corresponderle sabiendo que todo me lo daba para la Compañía, para comunicarlo con todos y cada uno de los jesuitas. Lo he intentado con todo empeño.

Durante estos 18 años mi única ilusión ha sido servir al Señor y a su Iglesia con todo mi corazón. Desde el primer momento hasta el último. Doy gracias al Señor por los grandes progresos que he visto en la Compañía. Ciertamente, también habrá habido deficiencias —las más en primer lugar— pero el hecho es que ha habido grandes progresos en la conversión personal, en el apostolado, en la atención a los pobres, a los refugiados. Mención especial merece la actitud de lealtad y de filial obediencia mostrada hacia la Iglesia y el Santo Padre particularmente en estos últimos años. Por todo ello, sean dadas gracias al Señor.

Doy gracias de una manera especial a mis colaboradores más cercanos, mis Asistentes y Consejeros —empezando por el P. O'Keefe— a los Asistentes

Regionales, a toda la Curia, a los Provinciales. Y agradezco muchísimo al Padre Dezza y al P. Pittau su respuesta de amor hacia la Iglesia y la Compañía en el encargo excepcional recibido del Santo Padre.

Pero sobre todo es a la Compañía, a cada uno de mis hermanos jesuitas a quienes quiero hacer llegar mi agradecimiento. Sin su obediencia en la fe a este pobre Superior General, no se hubiera conseguido nada.

Mi mensaje hoy es que estén a la disposición del Señor. Que Dios sea siempre el centro, que le escuchemos, que busquemos constantemente qué podemos hacer en su mayor servicio, y lo realicemos lo mejor posible, con amor, desprendidos de todo. Que tengamos un sentido muy personal de Dios.

A cada uno en particular querría decir "tantas cosas"...

A los jóvenes les digo: busquen la presencia de Dios, la propia santificación, que es la mejor preparación para el futuro. Que se entreguen a la voluntad de Dios en su extraordinaria grandeza y simplicidad a la vez.

A los que están en la plenitud de su actividad les pido que no se gasten, y pongan el centro del equilibrio de sus vidas no en el trabajo sino en Dios. Manténganse atentos a tantas necesidades del mundo. Piensen en los millones de hombres que ignoran a Dios o se portan como si no le conociesen. Todos están llamados a conocer y servir a Dios. Qué grande es nuestra misión: llevarles a todos al conocimiento y amor de Cristo.

A los de mi edad recomiendo apertura: aprender qué es lo que hay que hacer ahora, y hacerlo bien.

A los muy queridos Hermanos querría decirles también "tantas cosas", y con mucho afecto. Quiero recordar a toda la Compañía la gran importancia de los Hermanos. Ellos nos ayudan tanto a centrar nuestra vocación en Dios.

Estoy lleno de esperanza viendo cómo la Compañía, sirve a Cristo, único Señor, y a la Iglesia, bajo el Romano Pontífice, Vicario de Cristo en la tierra. Para que siga así, y para que el Señor la bendiga con muchas y excelentes vocaciones de sacerdotes y hermanos, ofrezco al Señor, en lo que me quede de vida, mis oraciones y los padecimientos ajenos a mi enfermedad. Personalmente, lo único que deseo es repetir desde el fondo de mi alma:

Tomad Señor, y recibid toda mi libertad,
mi memoria, mi entendimiento, toda mi voluntad,
todo mi haber y poseer.
Vos me lo disteis, a vos, Señor, lo torno.
Todo es vuestro, disponed a toda vuestra voluntad.
Dadme vuestro amor y gracia, que ésta me basta.